

Este número, el primero de ANTHROPIA, está dedicado a plantear, a través de los artículos y entrevistas algunas reflexiones alrededor de la ciencia como posibilidad de conocimiento y los límites que esta posibilidad conlleva en nuestra cultura. El tema que planteamos es, pues, sumamente complejo y definitivamente es imposible, en tan corto espacio y con el bagaje de estudiantes, hacer un excursus riguroso y profundo sobre la cuestión. No obstante, intentamos penetrar hasta donde nos sea posible entre los intrincados pasajes de la ciencia moderna con los cuales esta ha construido un discurso hegemónico.

Si bien durante los últimos años la ciencia ha sido radical y brutalmente atacada desde múltiples posiciones, hay que reconocer y tomar en cuenta que esta ha sido el discurso más importante en torno al cual se han construido las grandes estrategias de desarrollo y progreso en el mundo occidental, no solo fácticamente, es decir en el sentido tecnológico, sino pasando a formar parte del imaginario cultural y cotidiano de nuestras sociedades.

La ciencia se ha aislado de la sociedad como antes lo hicieron los alquimistas y viejas ordenes secretas, ha credo y re-creado códigos inteligibles para aquellos iniciados en sus lides. Esta aún sigue siendo, aunque muchos no lo quieran reconocer, el punto de apoyo y de referencia de muchos grupos sociales y del devenir del mundo moderno. No debemos dejar de reconocer que la modernidad empieza bajo el influjo de la razón, bajo el imperativo de dar sentido racional al mundo, objetivando la cosa y tornando sujeto al hombre, y si bien los intelectuales gustan llamarse postmodernos, tenemos tal vez, no solo una deuda inmensa sino mucho de modernidad y esta es sustancialmente científica.

Sin embargo, si bien nuestra época ha criticado esta posibilidad de conocimiento, la razón científica sigue siendo pieza clave del pensar, pero no del discurso oficial; se ha abierto una guerra franca a lo objetivo, a lo puro, a los hechos transparentes que son pre-dados a la interpretación, pero se ha caído, al radicalizar la crítica, en una absurda y obtrusa asunción de lo relativo absoluto, es decir: todo es válido.

Ante esto, ¿qué podemos decir, qué espacios se nos abren, cuáles se nos cierran, cómo situarnos ante un mundo que se dice en transición, (pero que nunca ha dejado de estarlo puesto que la modernidad acuña la noción), cómo influye la decadencia del discurso científico en nuestras formas de construir y entender el mundo. Qué opciones nos depara esta fulminante caída, qué tan real es la crítica, se trata de una crítica de la razón desde la razón, o de una crítica a la ciencia desde la ciencia, podremos escapar de este círculo vicioso?

Asimismo, la ciencia ha devenido en tecnología, y la manipulación de esta en estrategias de consumo y en bloques y roles de identidades pre-fabricadas que se ofrecen a los diferentes sujetos sociales, que se asumen individuos. El intelectual no ha escapado a esto, es más, su rol está cada vez más parametrado, en un proceso de especialización que lo ha llevado muchas veces a aislarse y otras a investigar cosas tan particulares que pierden su espacio como la ranura en el engranaje.

Entonces, si bien se pretende, no se ha declarado el fin de la ciencia, por el contrario, esta, a través de la tecnología forma cada vez más parte de nuestras vidas. Sin embargo, las formas de conocer o las posibilidades que se nos han abierto, no solo se dan a través de la ciencia, sino que se han reconstruido y retomado una serie de discursos alternativos como, por ejemplo, a través del arte.

Así, este número, nos ofrece una visión desde varios puntos de partida y de llegada. Los artículos no solo nos hablan de la ciencia clásica, caracterizada por el uso sistemático e impasible del método positivo, sino que nos abren algunas puertas y nos permiten conocer algunas perspectivas posteriores, algunos nos ayudan a insertarnos en el debate, otros nos ofrecen posiciones críticas, justificativas o contrastes. Pero al mismo tiempo, el número incluye algunos espacios en que la ciencia y el arte se contrastan, se interceptan y nos dan algunos visos comunes, entendiendo que ambas posibilidades no se encuentran aisladas una de otra y se dan sobre una sociedad, sobre un espacio cultural.

De este modo, ambos puntos centrales dan al lector, un panorama general de la ciencia, pero abren al mismo tiempo una ranura para entender la cultura desde otra posibilidad: al arte como disciplina y a sus puntos de intersección. Sin embargo, la pregunta aún queda abierta: ¿que otras posibilidades de conocer el mundo tenemos?